

juzgados ellos, destruyó la tiranía y condenó los caprichos del despotismo, que tan comun fue, es y será donde quiera que la verdad católica no impere; y diciendo á los pueblos que por Dios reinan los reyes y que por él decretan lo justo los que hacen las leyes, ha condenado la rebelión, la anarquía y todas las consecuencias que tan comunes y frecuentes son en donde quiera que los errores ocupan su lugar. Así es que en donde Jesús es conocido y adorado católicamente, las leyes son las que aplicadas á los hombres por hombres desinteresados que son los órganos de la justicia, los condenan ó los absuelven... Y ¡ojalá fuese conocido y adorado en todas partes y por todos, cual el Catolicismo enseña y desea! Entonces ni aun leyes se necesitarían, y caso que las hubiese y fuese en algun caso necesario aplicarlas, se haría con toda la rectitud posible, que es lo mas que á los hombres se les puede pedir. El justo, dice, es su ley para sí mismo; ¿y cómo se hallará ninguno de verdad justo, y en todo el sentido en que san Pablo toma esta palabra fuera del cuerpo místico del autor de toda santidad y justicia?

No será entre los que profesan voluntariamente errores religiosos seguramente donde se halla. La humildad es la base en que esta justicia universal se cimenta, y como la soberbia es el móvil que de la verdad religiosa los apartó, consiguiente es el que si mandan quieran dar á su dominacion toda la latitud posible; y el que si obedecen sea lo menos posible. De ahí el que en donde se ha introducido la herejía haya sido seguida por necesidad de alborotos, de trastornos, de revoluciones; y por último el que un despotismo mas ó menos feroz haya sido su último término. Ella fue el producto del orgullo que no quiso obedecer á Dios; debia por consiguiente trabajar para no obedecer á los que en la tierra ocupan el lugar de Dios. Pero y si estos están tocados del mismo frenesí, ¿se cree que abandonen tan fácilmente un puesto que satisface á su orgullo? Este les inspirará los medios de conservarlo, y producirá la fuerza que tiraniza ó el amaño inmoral que subyuga. Y para que una de estas cosas ó ambas juntas tengan buen resultado, ¿cuántas y cuán fatales circunstancias es preciso poner en juego? El orgullo ó la soberbia que teme verse burlada y abatida no perdona medio para sostenerse, y todos los que puede adoptar son siempre en daño de los pueblos. Véase á Napoleon rigiendo con mano de hierro los destinos de la Francia, y enviando á sus hijos á morir á cientos de miles en países extranjeros para evitar el que en lo interior se conspirase contra él.

Para que las naciones sean felices, es necesario que la humildad evangélica se profese en ellas, y esta no puede profesarse en toda la extensión que debe tener sino por los que inspira y dirige la verdad religiosa. El hombre naturalmente orgulloso necesita de la gracia para humillarse; y esta humillacion es á veces difícil de practicarse; porque aun los que tienen cierta luz sobrenatural, hay casos en que se ven sin saber cómo practicarla. Todos sabemos por ejemplo que es honorífico el confesar las obras de Dios; pero cuando estas se realizan en favor nuestro acaso seria peligroso el hablar de ellas. ¿No es esto por ventura lo que *bajando ellos del monte*, quiso Jesús significar á los Apóstoles, cuando *les mandó diciendo: A nadie digais la vision, hasta que resucite el Hijo del Hombre*? No habia para el Señor peligro de vanagloria; pero puede haberlo para nosotros si misericordioso nos favorece, como lo habia para los tres discípulos, cuya eleccion podia engrairlos. Y el silencio que les encargaba ¿no era bien difícil, y lo es para cualquier hombre como ellos favorecido? Pues y si para los Apóstoles, si para los que participan como ellos de la gracia é intimidad del Salvador es ardua esta humillacion, ¿cómo la verdadera humildad podrá encontrarse en los que el error coloca léjos y muy léjos de él? Pues, donde no se halla esta que es la raíz de todas las virtudes, desengañémonos, no es fácil hallar á las otras virtudes que son el efecto primario que produce la verdad religiosa en el hombre, ya como individuo, ya como miembro social. La caridad sobre todo, que es la corona de todas ellas, y sin la que el objeto verdadero de la sociedad no puede conseguirse; esa caridad que socorre y que perdona, que evita y que repara las injurias, que sufre paciente y condena benigna los agravios; esa caridad, repetimos, ¿puede hallarse donde la verdad no se halla? Entonces seria menester creer que puede incendiar el agua, calentar el hielo, y trastornarse todo. Los vicios opuestos á ella son los hijos naturales del error, y dos cosas tan opuestas no pueden tener un mismo origen.

ASUNTOS

PARA LA TRANSFIGURACION.

1. *Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur.* (II Cor. III). El Hijo de Dios nos

muestra en este misterio 1.º el fin para que fuimos criados, haciendo brillar á los ojos de los Apóstoles un rayo de aquella gloria que tiene preparada á los hombres en recompensa de los trabajos que por él han padecido; 2.º nos muestra el camino por el cual se llega á la posesion de esta gloria, esto es, el camino de los padecimientos, como claramente se infiere de aquella salida que debia efectuarse en Jerusalem, y de la cual hablan entre sí Moisés y Elías; 3.º nos muestra quién era aquel que con su muerte nos hizo capaces de tal adquisicion.

2. Los augustos caractéres de Legislador, Redentor y Glorificador, son entre otros muchos los primeros que los Profetas, los Evangelistas y la Iglesia descubren en el Hombre-Dios, y son tambien los que vemos revelados, confirmados y probados en el misterio de la transfiguracion. 1.º En este misterio atribúyese á Jesucristo el carácter de Legislador, con aquellas palabras: *Hic est Filius meus dilectus: ipsum audite*, por las cuales el Padre eterno concede al Hijo la potestad de establecer y promulgar sus leyes celestiales, é impone á los hombres el deber de obedecer á su Señor como á maestro de las gentes y como á supremo juez en cuyas manos están las recompensas y las penas, y les manda observar sus santas, justas é infalibles enseñanzas. 2.º En este misterio es constituido Redentor de los hombres; porque hablando entre sí Moisés y Elías, trataron de los medios de que se valdria para redimirles, esto es, de su pasion y muerte: *Loquebantur de excessu, quem completurus erat in Jerusalem*. 3.º Jesucristo en este misterio se muestra á los hombres como Glorificador de ellos, por medio de la luz que resplandeció en su rostro, cual prenda de aquella gloria que prometió y preparó á aquellos que observasen fielmente sus santos mandamientos.

3. La transfiguracion de Jesucristo en el monte Tabor puede considerarse bajo dos aspectos: como el primero de todos los misterios, y como saludable enseñanza. 1.º Como el primero de todos los misterios, porque de las circunstancias que acerca de él se leen en el Evangelio, se sacan poderosas pruebas para confirmar todos los demás, como la Trinidad, la Encarnación, la Redención, la muerte y la resurreccion de Jesucristo. 2.º Como saludable enseñanza que el Salvador propone con su ejemplo á todos los hombres; pues nos enseña que debemos en algun modo transfigurarnos nosotros mismos en la oracion; que debemos emplear nuestros talentos, y hasta los honores que el mundo nos prodiga, en la edifi-

cacion de nuestros prójimos, y que debemos persuadir á nuestro espíritu y á nuestras fuerzas, que las cosas de este mundo son fugaces, y se desvanecen prontamente.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Filius meus es tu, ego hodie genui te. (*Psal. I*).

Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel salvator. (*Isai. XLV*).

Domus Jacob venite, et ambulemus in lumine Domini. (*Ibid. I*).

Ego qui loquebar, ecce adsum. (*Ibid. LII*).

Ecce dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terra. (*Ibid. XLIX*).

Tu es Christus, Filius Dei vivi. (*Matth. XVI*).

Data est mihi omnis potestas in cœlo, et in terra. (*Matth. ult.*).

Post dies sex assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum, et transfiguratus est ante eos. (*Matth. XVII*).

Resplenduit facies ejus sicut sol; vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. (*Ibid.*).

Respondens autem Petrus dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse; faciamus hic tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum, et Eliæ unum. (*Ibid.*).

Adhuc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos. (*Ibid.*).

Et ecce vox de nube dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui; ipsum audite. (*Ibid.*).

Audientes discipuli, ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valde. (*Ibid.*).

Levantes autem oculos neminem viderunt, nisi solum Jesum. (*Ibid.*).

Descendentibus illis de monte præcepit eis Jesus dicens: Nemi- ni dixeritis visionem, donec Filius hominis à mortuis resurgat. (*Ibid.*).

Petrus ait Jesu: Bonum est nos hic esse; non enim sciebat quid diceret. (*Marc. IX*).

Facta est, dum oraret Jesus, species vultus ejus altera; et vestitus ejus albus et refulgens. (*Luc. IX*).

Et ecce duo viri loquebantur cum illo... visi in majestate, et dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem. (*Ibid.*).

Petrus, et qui cum illo erant, gravati erant somno, et evigilantes viderunt majestatem ejus. (*Ibid.*).

Hæc est vita æterna, ut cognoscant te Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. (*Joan. XVII.*)

Si ego testimonium perhibeo de me ipso, testimonium meum verum est. Alius est, qui testimonium perhibet de me. (*Joan. VIII.*)

Testimonium perhibet de me qui misit me Pater. (*Ibid.*)

Pater, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te. (*Joannis, XVII.*)

Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti à Patre, plenum gratiæ et veritatis. (*Joan. I.*)

Cum sit splendor gloriæ, figura substantiæ ejus, portansque omnia verbo virtutis suæ. (*Hebr. I.*)

Qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ. (*Philip. III.*)

Non doctas fabulas secuti, notam fecimus vobis Domini nostri Jesu Christi virtutem, et præsentiam; sed speculatores facti illius magnitudinis; accipiens enim à Deo Patre gloriam et honorem, voce delapsa ad eum hujusmodi à magnifica gloria: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui; ipsum audite. (*II Petr. II.*)

Hanc vocem nos audivimus de cælo allatam, cum essemus cum ipso in monte sancto. (*Ibid.*)

Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur. (*II Cor. III.*)

Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini. (*Psal. LXXXIII.*)

Et scimus, quoniam Filius Dei venit, et dedit nobis sensum, ut cognoscamus verum Deum, et simus in vero Filio ejus. Hic est verus Deus, et vita æterna. (*I Joan. V.*)

Qui solus habet immortalitatem, et lucem inhabitat inaccessibilem: quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest: cui honor et imperium sempiternum. (*I Tim. VI.*)

Figuras de la sagrada Escritura.

Léese en el Éxodo, que Moisés, despues de haber pasado en el monte Sínai cuarenta dias y cuarenta noches, bajó de él, trayendo consigo las tablas de la Ley, con el rostro tan resplandeciente, que los hebreos no se atrevieron á acercársele; de manera que para hablarles tuvo que cubrirse la cabeza con un velo. Ahora bien, si Moisés, por haber conversado pocos dias con Dios, resplandeció de tal manera que los carnales israelitas no pudieron fijar en él la vis-

ta, ¿qué mucho que resplandeciera como el sol aquel que mora en una luz inaccesible? Pero los hijos de Jacob no podian mirar el rostro de Moisés, no solo por causa de la viva luz que despedia, sino tambien y principalmente á causa del temor de aquella ley, promulgada entre el fragor de los truenos y la luz de los relámpagos, que el enviado de Dios venia á anunciarles; al paso que el Salvador venia á enseñar á los hombres una ley de amor, y á poner sobre su cerviz un yugo suave y blando; y por esto no es de admirar que sus discípulos pudiesen fijar la vista en su semblante, cuando todo él resplandecia con una luz celestial; pues el que veian en forma humana no era el leon que ruge en el valle de Judá, sino el manso cordero que con su sangre iba á implorar para la tierra las bendiciones celestiales. (*Exod. XXXIV.*)

El augusto espectáculo que se ofreció á los ojos de Pedro, Santiago y Juan en el Tabor, es semejante al que vió Moisés en el monte Horeb, cuando Dios se le apareció en figura de zarza ardiente. Sin embargo, entre ambos espectáculos mediaron algunas diferencias. En el monte Horeb, el Señor apareció en forma de llamas, y en el Tabor, el Hijo de Dios se presentó radiante de gloria; allí Dios y Moisés hablaron de la liberacion del pueblo de Israel, y aquí, de la redencion de los hombres; allí Moisés recibió de Dios la vara portentosa, por cuyo medio debia con inauditos milagros sacar libros al desierto á los hijos de Jacob, y en el Tabor, hablóse de la cruz, instrumento que, si bien no tenia en sí nada de portentoso y potente, convirtiése, no obstante, á la faz de las naciones en señal de gracia y de salud. Por esto quiso el Señor que, tanto en el Horeb como en el Tabor, fuese Moisés testigo de esta gloria, á fin de que el Legislador del Testamento Antiguo diera testimonio del divino Legislador del Nuevo Testamento.

El misterio de la Transfiguracion puede considerarse como el fin de la ley antigua y el principio de la nueva, desde el momento en que apareció aquel nuevo Legislador, de quien Moisés mismo habia dicho que no era mas que una sombra ó una figura: *Propheetam de gente tua, et de fratribus tuis, sicut me, suscitabit tibi Dominus Deus tuus. Ipsum audies.* Y en el Tabor se dijo: *Ipsum audite.*

Sentencias de los santos Padres.

Ut per carnem divinitas foris illuxit, sic et caro illuminata de divinitate radiavit. (*S. Aug., vel Auct. de mirab. Script. 10.*)

In eo quod Dominus paucos secum detulit ad intuendam gloriam transfigurationis, per paucos ostendit esse eos, qui cœlestem gloriam adepturi sunt. (*S. Ambr. in c. ix Luc.*)

Fulgor ipse, et majestas divinitatis, quæ etiam in humana facie relucebant, ex primo ad se venientes trahere poterat aspectu. (*S. Hier. serm. I in Matth.*)

Filius Dei auditu, conspectu quoque monstratur. (*S. Hilarius*).

Christus toto corpore, tamquam sol radiis resplenduit gloria suæ divinitatis. (*S. Ephrem, orat. de Transfig.*)

In transfiguratione quid aliud, quam resurrectionis gloria nuntiatur? (*S. Gregor. lib. XXXII Mor. c. 7.*)

In hac transfiguratione illud principaliter agebatur, ut de cordibus discipulorum crucis scandalum tolleretur, nec conturbaret eorum fidem voluntariæ humilitas passionis, quibus revelata esset absconditæ excellentiæ dignitatis. (*S. Leo, serm. de Transfig.*)

Moyses et Elias, lex scilicet et Prophetæ, apparuerunt cum Domino loquentes, ut verissime in illa quinque virorum præsentia compleretur quod dictum est: in duobus vel tribus testibus stat omne verbum. (*Id. ibid.*)

Quem sub velamine mysteriorum præcedentia signa promiserant, manifestum, atque perspicuum præsentis gloriæ splendor ostendit. (*Idem*).

His sacramentorum revelationibus Petrus incitatus, mundana spernens, et terrena fastidians in æternorum desiderium quodam mentis rapiebatur excessu; unde et ait: Domine, bonum est nos hic esse. (*Idem*).

Vestimenta sua ostendit alba instar lucis, quia ex toto corpore ejus gloria suæ divinitatis scaturiebat. (*S. Ephrem, orat. de Transfig.*)

Quoniam multa de morte, et passione sua, et de cæde discipulorum locutus est Christus, et aspera quamplurima illis injunxit, gloriam suam in præsentia vita, quantum capere possunt, illis vult ostendere, ne posthac doleant. (*S. Chrysostomus*).

Ubi splendor faciei ostenditur, et candor describitur vestium, non substantia tollitur, sed gloria commutatur. (*S. Hier. in c. xvii Matth.*)

Certe transformatus est Dominus in eam gloriam, qua venturus est postea in regno suo. (*Ibid.*)

Christus apparuit medius inter Moysen et Eliam, tamquam Evangelium testimonium haberet à Lege et Prophetis. (*S. Aug. tract. XVII in Joan.*)

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joan. iii).

De tal modo amó Dios al mundo, que entregó su unigénito Hijo por él.

1. No vengo á excitar vuestra compasion y vuestras lágrimas con el relato de los crueles padecimientos del Salvador... Estas lágrimas debemos verterlas sobre nosotros que somos reos de su muerte... Todos tienen conocimiento de la Pasion de Cristo, pero pocos la entienden como se debe... Yo me propongo con venceros de la caridad inmensa de Dios que murió por nosotros...

2. Si Dios nos hubiese dejado libre el pedirle una prueba de su amor, ¿habria nadie pensado en pedirle su Hijo?... Y en caso de dárnoslo, ¿quién hubiera pensado que se humanase y padeciese?... Y ¿qué seria si Dios os hubiese prometido daros su Hijo degradado..., reducido á la condicion de esclavo, atormentado hasta morir?... ¡Ah! basta, basta... Sin embargo, esta es la verdad... Colegid de ella su amor!...

3. Palabras del profeta Miqueas: *Numquid*, etc. ¿Cuándo se ha visto que por amor á sus vasallos rebeldes un rey condenase á muerte á su propio unigénito Hijo?... Esto lo hizo el Dios Padre, ¿Podrémos aun dudar de su amor?

4. Jesús muere porque quiere, y quiere porque ama infinitamente á su Padre y desea salvar á los hombres satisfaciendo por ellos. Su muerte debiera ser, por lo tanto, gloriosísima... Sin embargo, solo apareció en ella todo lo que causaba infamia y afrenta... Por cumplir la voluntad del Padre aceptó las injurias... la cruz. ¿Quién, de otro modo, hubiera podido someterle á ella?... *Quomodo nos amasti*... (San Agustin).

5. Dios nos amó tanto sin ningun merecimiento nuestro... En su sola bondad halló la razon del amor que nos tuvo... Buscó la medida de su amor, no en nosotros, sino en sí mismo...